

# Carlo Collodi

## Las aventuras de Pinocho

*Traducción y notas de Guillermo Piro*

### XI

**Comefuego estornuda y perdona a Pinocho,  
el cual, después, salva de la muerte a su amigo Arlequín.**

El titiritero Comefuego (éste era su nombre) parecía un hombre espantoso, no digo que no, especialmente con esa larga barba negra que, a modo de delantal, le cubría todo el pecho y las piernas, pero, en el fondo, no era un mal hombre. Prueba de ello es que cuando vio que le traían al pobre Pinocho, que se debatía sacudiéndose para todos lados gritando “¡No quiero morir, no quiero morir!”, comenzó a conmoverse y a enternecerse, y, después de haber resistido un buen rato, al final no pudo más y dejó escapar un sonorísimo estornudo.

Ante aquel estornudo, Arlequín, que hasta entonces había permanecido afligido y encorvado como un sauce llorón, se puso repentinamente alegre e, inclinándose hacia Pinocho, le susurró en voz baja:

—Buenas noticias, hermano. El titiritero ha estornudado, y esto es signo de que ha tenido compasión de ti, y ahora estás a salvo.



Ilustración de Attilio Mussino (1911)

Permitida la reproducción no comercial, para uso personal y/o fines educativos. Prohibida la reproducción para otros fines sin consentimiento escrito de los autores. Prohibida la venta. Publicado y distribuido en forma gratuita por Imaginaria: <http://www.imaginaria.com.ar>

Porque hay que saber que mientras todos los hombres, cuando sienten misericordia por otro, lloran o por lo menos fingen que se restriegan los ojos, Comefuego, en cambio, cada vez que se enternecía de verdad tenía la manía de estornudar. Era un modo como cualquier otro de dar a conocer la sensibilidad de su corazón.

Después de haber estornudado, el titiritero, haciéndose el huraño, gritó a Pinocho:

—¡Deja de llorar! Tus lamentos me han producido un cosquilleo aquí en el estómago... siento una angustia que casi, casi... ¡Atchís, atchís! —y estornudó otras dos veces.

—¡Salud! —dijo Pinocho.

—Gracias. ¿Viven tu padre y tu madre? —le preguntó Comefuego.

—Mi padre sí; a mi madre nunca le he conocido.

—¡Buen disgusto tendría tu viejo padre si yo ahora te hiciera arrojar a esos tizones ardientes! ¡Pobre viejo! ¡Lo compadezco!... ¡Atchís, atchís, atchís! —estornudó otras tres veces.

—¡Salud! —dijo Pinocho.

—¡Gracias! También hay que sentir compasión por mí, porque, como ves, no tengo más leña para terminar de asar ese cordero; ¡y tú, la verdad, para esto me hubieras venido muy bien! Pero ya me he apiadado de ti y hay que tener paciencia. En tu lugar, echaré al fuego a una marioneta de mi Compañía... ¡Eh, gendarmes!...

A esta orden aparecieron dos gendarmes de madera, altos, altos, flacos, flacos, con tricornios en la cabeza y el sable desenvainado en la mano.



Ilustración de Attilio Mussino (1911)

Entonces el titiritero les dijo con voz ronca:

—Agarren a ese Arlequín, átenlo bien y después arrójenlo al fuego para que se quemé. ¡Quiero que mi cordero esté bien asado!



Ilustración de Carlo Chiostrì (1901)

¡Imagínense al pobre Arlequín! Fue tan grande su susto que las piernas se le doblaron y cayó de bruces al suelo.

Pinocho, ante aquel espectáculo desgarrador, fue a arrojarle a los pies del titiritero, y llorando a lágrima viva y mojando de lágrimas todos los pelos de su larguísima barba, comenzó a decir con voz suplicante:

—¡Piedad, señor Comefuego!...

—¡Aquí no hay señores!... —replicó duramente el titiritero.

—¡Piedad, señor Caballero!...

—¡Aquí no hay caballeros!

—¡Piedad, señor Comendador!...

—¡Aquí no hay comendadores!

—¡Piedad, Excelencia!...

Al oírse llamar Excelencia, el titiritero esbozó una tenue sonrisa, y volviéndose de pronto más humano y más tratable, le dijo a Pinocho:

—Bien, ¿qué quieres de mí?

—¡Le pido la gracia para el pobre Arlequín!



Ilustración de Enrico Mazzanti (1883)

—Aquí no hay gracia que valga. Si te he perdonado a ti, es preciso que lo eche al fuego a él, porque quiero que mi cordero esté bien asado.

—En ese caso —gritó furiosamente Pinocho, enarbolando y arrojando su gorro de miga de pan—, en ese caso sé cuál es mi deber. ¡Adelante, señores gendarmes! Átenme y arrójenme a las llamas. ¡No, no es justo que el pobre Arlequín, mi gran amigo, deba morir por mí!...



Ilustración de Attilio Mussino (1911)

Estas palabras, pronunciadas con voz fuerte y acento heroico, hicieron llorar a todas las marionetas que presenciaban la escena. Los mismos gendarmes, aunque eran de madera, lloraban como dos corderitos.

Al principio, Comefuego se quedó tan duro e inmóvil como un trozo de hielo, pero después, poco a poco comenzó también a conmovirse y a estornudar. Estornudó cuatro o cinco veces, abrió afectuosamente los brazos y le dijo a Pinocho:

—¡Eres un buen muchacho! Ven aquí y dame un beso.

Pinocho corrió enseguida y trepando como una ardilla por la barba del titiritero, le dio un bellissimo beso en la punta de la nariz.

—¿Entonces la gracia está concedida? —preguntó el pobre Arlequín, con un hilo de voz que apenas se oía.

—¡La gracia ha sido concedida! —respondió Comefuego. Luego, suspirando y moviendo la cabeza, añadió—: ¡Paciencia! ¡Esta noche me resignaré a comer el cordero medio crudo!, ¡pero la próxima vez, pobre de aquel al que le toque!...

Ante la noticia de la gracia obtenida, todas las marionetas corrieron al escenario y, encendidas las luces y las arañas como para una función de gala, comenzaron a saltar y a bailar. Amanecía y seguían bailando.



Ilustración de Carlo Chiostrì (1901)

## XII

El titiritero Comefuego regala cinco monedas de oro a Pinocho,  
para que se las lleve a su padre Geppetto,  
pero Pinocho, en vez de hacer eso,  
se deja embaucar por el Zorro y el Gato  
y se va con ellos.

Al día siguiente Comefuego llamó aparte a Pinocho y le preguntó:

—¿Cómo se llama tu padre?

—Geppetto.

—¿Y qué oficio tiene?

—El de pobre.

—¿Gana mucho?

—Gana mucho, lo necesario para no tener nunca un céntimo en el bolsillo. Imagínese que para comprarme el Abecedario de la escuela tuvo que vender la única casaca que tenía encima: una casaca que, entre remiendos y zurcidos, estaba hecha una lástima.

—¡Pobre diablo! Casi me da pena. Aquí tienes cinco monedas de oro. Ve enseguida a llevárselas y salúdalo de mi parte.

Pinocho, como es fácil imaginarlo, agradeció mil veces al titiritero; abrazó una a una a todas las marionetas de la Compañía, incluso a los gendarmes, y fuera de sí de la alegría se puso en viaje para volver a su casa.

Pero todavía no había hecho medio kilómetro cuando encontró en el camino a un Zorro rengo de un pie y un Gato ciego de los dos ojos, que merodeaban por allí, ayudándose entre ellos, como buenos compañeros de desventura. El Zorro, que era rengo, caminaba apoyándose en el Gato; y el Gato, que era ciego, se dejaba guiar por el Zorro.

—Buen día, Pinocho —le dijo el Zorro, saludándolo cortésmente.

—¿Cómo es que sabes mi nombre? —preguntó el muñeco.

—Conozco muy bien a tu padre.

—¿Dónde lo has visto?





Ilustración de Enrico Mazzanti (1883)

—Lo he visto ayer en la puerta de su casa.

—¿Y qué hacía?

—Estaba en mangas de camisa y temblaba de frío.

—¡Pobre papá! ¡Pero si Dios quiere, de hoy en adelante no temblará más!...

—¿Por qué?

—Porque me he convertido en un gran señor.

—¿Tú, un gran señor? —dijo el Zorro, y comenzó a reír con una risa descarada y burlona; y el Gato también reía, pero, para que no se viera, se peinaba los bigotes con las patas de adelante.

—¡No veo motivo de risa! —gritó Pinocho, molesto—. Siento mucho que se les haga agua la boca, pero estas que tengo aquí, para que sepan, son cinco monedas de oro.

Y sacó a relucir las monedas que le había regalado Comefuego.

Al oír el simpático sonido de aquellas monedas, el Zorro, en un ademán involuntario, alargó la pata que parecía encogida, y el Gato abrió los ojos de par en par, como si fueran dos linternas verdes; pero los cerró inmediatamente y Pinocho no se dio cuenta de nada.

—Y ahora —le preguntó el Zorro—, ¿qué vas a hacer con esas monedas?

—Primero —respondió el muñeco— quiero comprarle a mi padre una linda casaca nueva, toda de oro y plata y con botones de brillantes; después quiero comprar un Abecedario para mí.



Ilustración de Roberto Innocenti (1988).

—¿Para ti?

—Sí, porque quiero ir a la escuela y estudiar de verdad.

—Mírame —dijo el Zorro—: por la tonta pasión de estudiar he perdido una pierna.

—Mírame —dijo el Gato—: por la tonta pasión de estudiar he perdido la vista de los dos ojos.

En ese momento, un mirlo blanco (1), que había anidado en un seto del camino, se puso a cantar y dijo:

—¡Pinocho, no hagas caso a los consejos de las malas compañías, si no, te arrepentirás!

¡Pobre Mirlo, nunca hubiese debido decir eso! El Gato, dando un salto, se abalanzó sobre él, y sin darle siquiera tiempo a decir ay se lo comió y se limpió la boca, cerró los ojos otra vez y siguió haciéndose el ciego, como antes.

—¡Pobre Mirlo! —dijo Pinocho al Gato—, ¿por qué lo has tratado tan



mal?

—Hice eso para darle una lección, así la próxima vez aprenderá a no interrumpir la conversación de los demás.

Habían hecho ya la mitad del camino cuando el Zorro, deteniéndose de improviso, dijo al muñeco:

—¿Quieres duplicar tus monedas de oro?

—¿Qué?

—¿Quieres convertir tus cinco miserables monedas en cien, mil, dos mil?

—¡Claro! ¿Y de qué manera?

—La manera es facilísima. En vez de volver a tu casa, deberías venir con nosotros.

—¿Y a dónde me quieren llevar?

—Al País de los Badulaques.

Pinocho lo pensó un poco, y después, resueltamente, dijo:

—No, no quiero ir. Ahora estoy cerca de casa, y quiero volver allí, donde mi padre me espera. Quién sabe, pobre viejo, cuánto ha suspirado ayer al ver que no volvía. Lamentablemente he sido un mal hijo, y el grillo parlante tenía razón cuando decía: “Los chicos desobedientes no conseguirán anda bueno en este mundo”. Y lo he experimentado en carne propia, porque me sucedieron muchas desgracias; sin ir más lejos ayer por la noche, en casa de Comefuego, he corrido peligro... ¡Brr! ¡De sólo pensarlo me da escalofríos!

—Entonces —dijo el Zorro— ¿de verdad quieres ir a tu casa? ¡Ve, entonces, peor para ti!

—¡Peor para ti! —dijo el Gato.

—Piénsalo bien, Pinocho, porque estás perdiéndote una oportunidad.

—¡Una oportunidad! —repitió el Gato.

—Tus cinco monedas, de hoy a mañana, se transformarían en dos mil.

—¡Dos mil! —repitió el Gato.

—¿Pero cómo es posible que se conviertan en tanto? —preguntó Pinocho, quedándose con la boca abierta por el estupor.

—Enseguida te lo explico —dijo el Zorro—. Debes saber que en el País

de los Badulaques hay un campo bendito, al que todos llaman el Campo de los milagros. En ese campo tú haces un pequeño agujero y pones dentro, por ejemplo, una moneda de oro. Después vuelves a cubrir de tierra el agujero, lo riegas con dos baldes de agua de la fuente, esparces encima un puñado de sal, y a la noche te vas tranquilamente a la cama. Durante la noche, la moneda germina y florece, y a la mañana siguiente, cuando te levantas, ¿qué es lo que encuentras? Encuentras un hermoso árbol cargado de muchas monedas de oro, tantas como granos puede tener una buena espiga en el mes de junio.

—Así que —dijo Pinocho, cada vez más aturdido—, si yo enterrase en ese campo mis cinco monedas, ¿a la mañana siguiente cuántas monedas encontraría?

—Es una cuenta muy fácil —respondió el Zorro—, una cuenta que se puede hacer con los dedos. Supón que cada moneda te dé un racimo de quinientas monedas; multiplica quinientos por cinco, y a la mañana siguiente te encuentras con dos mil quinientas monedas contantes y sonantes en el bolsillo.

—¡Oh, qué cosa estupenda! —gritó Pinocho, bailando de alegría—. Apenas recoja esas monedas, me guardaré dos mil para mí y las otras quinientas se las daré de regalo a ustedes dos.

—¿Un regalo para nosotros? —gritó el Zorro, desdeñoso y haciéndose el ofendido—. ¡Dios te libre!

—¡Te libre! —repitió el Gato.

—Nosotros —continuó el Zorro— no trabajamos por el vil interés; trabajamos únicamente para enriquecer a los demás.

—¡Los demás! —repitió el Gato.

“Qué buenas personas”, pensó Pinocho para sí; y olvidándose en el acto de su padre, de la casaca nueva, del Abecedario y de todos los buenos propósitos que tenía, les dijo al Zorro y al Gato:

—Vámonos. Voy con ustedes.



Ilustración de Attilio Mussino (1911)

**Nota del traductor:**

(1) un merlo bianco: presencia surreal (en tanto los mirlos tienen plumaje oscuro), que, como el Grillo parlante, parece encarnar la voz de la conciencia.